

7.º Domingo de Pascua B

Padre santo, guárdalos en tu nombre a los que me has dado. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal. (Jn 17,11.15)



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 1,15-17.20a.20c-26

En aquellos días, Pedro se puso en pie en medio de los hermanos y dijo:
– Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo, por boca de David, había predicho, en la Escritura, acerca de Judas, que hizo de guía a los que arrestaron a Jesús. Era uno de nuestro grupo y compartía el mismo servicio. En el libro de los Salmos está escrito: "Que su morada quede desierta", y también: "Que su cargo lo ocupe otro". Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús, uno de los que nos acompañaron mientras convivió con nosotros el Señor Jesús, desde que Juan bautizaba, hasta el día de su ascensión.

Propusieron dos nombres: José, apellidado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. Y rezaron así: – Señor, tú penetras el corazón de todos; muéstranos a cuál de los dos has elegido para que, en este servicio apostólico, ocupe el puesto que dejó Judas para marcharse al suyo propio. Echaron suertes, le tocó a Matías y lo asociaron a los once apóstoles.

Segunda lectura

1 Juan 4,11-16

Queridos hermanos y queridas hermanas: Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.

En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu.

Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, para ser Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios.

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, Jesús dijo: – Padre santo: guárdalos en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que ellos mismos tengan mi alegría cumplida.

Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad.

Meditación

Guarda en tu nombre a los que tú me diste. Jesús pide la protección del Padre para aquéllos que han creído o creerán en él. Pide para ellos no una seguridad física, no que sean librados del sufrimiento y la muerte, sino de todo aquello que pudiera obligarlos a renunciar a su fe y abandonar la nueva vida. El nombre de Dios indica su manifestación. Ahora bien, esta manifestación es la del amor. El nombre de Dios es amor. Y la protección se pide para que permanezcan unidos. Unidos en el amor mutuo. Porque el amor mutuo hace al hombre participar en el amor que el Padre tiene por el Hijo y el Hijo por el Padre. La unidad de la Iglesia, de los creyentes, se funda sobre la unidad de Dios. Más aún, debe ser manifestativa de dicha unidad.

Jesús afirma que, durante su ministerio terreno, él mismo protegió a los que el Padre le había dado y ninguno se había perdido, excepción hecha del hijo de la perdición. El hijo de la perdición era una frase tradicional para indicar a alguien que, según la mitología corriente sobre el futuro, era una especie de personificación del mal. En el cuarto evangelio se acentúa que Judas había sido instrumento de Satanás. Judas es, en este caso, el anticristo.

¿Pero ahora yo vengo a ti. Se contraponen dos situaciones diversas. La del ministerio terreno de Jesús y la posterior a él. Esta segunda debe caracterizarse por el gozo para los discípulos, no por la tristeza. Pero esto sólo es posible en el caso de que los discípulos hayan entendido que Jesús es el agente de Dios en el mundo, el Revelador del Padre, quién ha comunicado su palabra de vida.

La exclusión del mundo en la petición de Jesús parecía demasiado fuerte. Se mitiga cuando se habla de la necesidad que los discípulos tienen de estar en el mundo. Los discípulos deben permanecer en el mundo para dar fruto a través de su testimonio a favor de Jesús. Pero vivir con el sentido de la trascendencia en un mundo cerrado en sí mismo, dominado por el mal, por el príncipe de este mundo, entraña un inevitable riesgo. Por eso Jesús insiste en su petición: que el Padre les libre del mal.

Santificalos en la verdad. El verbo griego subyacente a nuestra traducción significa "consagrar". Santificar en la verdad es sinónimo, por tanto, de consagrarlos para que puedan cumplir su misión frente al mundo. Pero esto no pueden llevarlo a cabo a no ser teniendo como base la revelación que Jesús les ha comunicado. Por eso se pide la santificación en la verdad. La santificación de Jesús por los creyentes culmina en su muerte. Y el resultado de la santificación de Jesús, de su consagración por los hombres hasta la muerte, es la misión que los discípulos tienen que cumplir frente al mundo.